



Capítulo 425: Actualizaciones

El mundo... no volvió a la normalidad después de Walpurgis. Bueno, considerando todo lo que ha pasado en los últimos doce meses, nunca volverá a la normalidad.

De hecho, la cosa empeora cada día con cada pequeña cosa que involucra razas sobrenaturales.

Las grietas que ese año dejaron en el mundo actual todavía sangran de manera sutil. De hecho, las criaturas que acechan en las sombras ahora parecen más audaces, más... conscientes de los problemas del mundo, y eso era peligroso.

Empecemos con un viejo amigo nuestro que está recibiendo mucha atención ahora que lo han visto... Alucard.

Sí, lo han encontrado. Deambulando, sin rumbo... en Yemen. Más concretamente en Xibam, la legendaria ciudad de los rascacielos de arcilla, donde el tiempo parece detenerse y los susurros del desierto esconden secretos olvidados.

La Inteligencia Demonio, con toda su tecnología, contratos y ojos dispersos por todo el mundo... no pudo capturarlo. Ni siquiera rastrearlo. Las huellas del Antiguo Rey Vampiro se disuelven como niebla al amanecer, y cada intento de rastreo termina en fracaso... o locura.

Pero todavía está vivo. Y esa es una noticia ambigua.

Todo parece indicar que Alucard ha esparcido su sangre por ciertas regiones olvidadas del mundo. Ha comenzado un nuevo ciclo de vampirismo, y con él, un nuevo tipo de criatura... algo más antiguo, más puro. Más leal a él. Todo el



El mundo sobrenatural está en alerta, porque ahora él no es sólo una entidad aislada. Él está creando.

Y peor aún: parece tener un objetivo. Venganza.

Pero no contra la humanidad, al menos no todavía. No contra los cazadores, ni siquiera contra el infierno. Alucard está detrás de un grupo. Un nombre que ya conocemos bien por el incidente de Excalibur donde Viviane resultó gravemente herida y casi muere... La organización llamó: 9.9.9.

El mismo grupo que Spectre afirmaba liderar... o al menos representar.

Sólo ahora está claro: Spectre nunca fue el dueño de eso. Sólo un peón. Una marioneta de algo mucho más antiguo, más meticuloso.

Y esta revelación nos lleva detrás de escena del infierno.

Las Emperatrices han sido liberadas. Y los nombres detrás de esta liberación están empezando a salir a la luz.

Con Amon y Astaroth confirmando que era un hombre que Vergil conoció durante sus luchas... como era de esperar... actualmente, el Líder del 999 debe ser Dante.

Un demonio renegado que hasta hace poco estaba infiltrado en la superficie, colaborando directamente con Spectre en la búsqueda de Ex-Calibur. Ahora se sabe que es más que un albacea. Él es un líder. El actual comandante de la división demoníaca de la organización 9.9.9.

Y con eso el juego vuelve a cambiar.



Los ojos de todos... Brujas, ángeles, demonios, hombres lobo, hadas, yokai y todas las demás especies con Grandes Líderes... ahora se dirigen a una sola palabra. Una sola pieza.

Behelith.

El artículo que busca esta organización. O tal vez... cultos.

Su finalidad aún se desconoce. Nadie se atreve a teorizar con convicción. Pero hay consenso entre quienes investigan: cualquiera que sea su función, implica convergencia. Un final, o quizás un nuevo comienzo.

Y eso es suficiente para alarma incluso a los más viejos entre nosotros.

El telón ha caído, sí. Pero el escenario aún está preparado. Y los actores—ah, los actores simplemente están calentando.

El cielo estaba demasiado tranquilo para un día tan extraño.

Flotando boca abajo sobre su nube dorada, el siempre irreverente Wukong mordisqueó un trozo de melocotón celestial mientras contemplaba el paisaje con el aburrimiento de un dios que lo había visto todo —demasiado. Su mirada ahora estaba fija en una mujer sentada sobre una roca negra, con su vestido carmesí contrastando con su piel clara y su cabello tan oscuro como la sombra de un eclipse.

Morrigan, diosa de la guerra y la profecía, reina de los malos augurios, murmuró irritable, con la mandíbula apretada y los ojos perdidos en algún cálculo imposible.



"Dos dragones," murmuró, mirando al horizonte como si pudiera encontrar respuestas en las nubes. "Dos dragones celestiales, desapareciendo del plano material sin dejar siquiera rastro..."

Se frotó las sienes con frustración.

"Y fuimos expulsados del infierno. Literalmente expulsado, como si el avión hubiera entrado en pánico. Esto nunca había sucedido antes."

Wukong giró lentamente en el aire, cruzando los brazos detrás de la cabeza y dejando que su cola se balanceara libremente.

"Tal vez," dijo con una sonrisa, "alguna entidad superior interfirió. Quizás los peces gordos de allí arriba decidieron hacer algo de limpieza y se olvidaron de decírnoslo."

Morrigan giró su rostro hacia él lentamente, como si se avecinara una tormenta. Sus ojos verdes brillaban con algo entre sarcasmo y amenaza.

"Hablas como si esto fuera una broma, mono."

Wukong se rió, por supuesto. "Todo es una broma. Vida, muerte, caos, los dioses enloqueciendo porque faltan dos lagartos gigantes..."

Hizo una pirueta en el aire y aterrizó ligeramente junto a la roca. Morrigan simplemente suspiró profundamente, tratando de mantener la compostura. Por molesto que fuera, sabía que Wukong rara vez hablaba sin pensar. Él simplemente lo hizo parecer así.



Cerca de allí, los pasos constantes de una mujer resonaban entre las rocas. Susano'o, diosa de las tormentas y hermana del radiante Amaterasu, caminaba con serenidad y una elegancia casi perezosa, con los pies descalzos tocando el suelo caliente del desierto espiritual. Su kimono azul zafiro, bordado con un dragón blanco enredado en olas, encajaba perfectamente en su cuerpo esculpido en marfil. Un escote profundo revelaba parte de sus pechos y cada movimiento hacía que la funda de su espada tintineara suavemente.

Se detuvo junto a Morrigan y Wukong, observándolos a ambos con la neutralidad de una tormenta a punto de decidir si llover o no.

"Discutes sobre hipótesis mientras el mundo avanza sin explicación." Susano'o sacó un abanico del interior de su kimono y se abanicó perezosamente. "Le preguntaré directamente a mi hermana. Es posible que Amaterasu haya visto algo del plano solar."

"¿De verdad crees que dirá algo?" Morrigan cruzó los brazos. "La Emperatriz Celestial rara vez comparte conocimiento sin un precio."

Susano'o se encogió de hombros. "¿Y qué más tenemos sino monedas y deudas?"

Wukong se estiró exageradamente.

"Mientras tanto, pretendamos que no estamos ante un nuevo apocalipsis", comentó, con sarcasmo goteando de cada sílaba. "Dos dragones desapareciendo. El infierno en estado de pánico. El cielo demasiado tranquilo. ¿Y crees que esto no conducirá a una Conferencia Global?"

Morrigan levantó la vista, en serio.



"Lo hará. Lo hará."

El silencio que siguió fue denso.

Sólo el viento susurraba entre las dunas, llevando consigo ecos de mundos rotos.

Susano'o guardó su abanico y suspiró profundamente.

"Esos dos caminan caos..." dijo en voz baja. "Crimsarya y Nivara..."

Wukong frunció el ceño.

"Si se han ido... ¿cómo es que el inframundo sigue intacto?"

"Esa es la pregunta." Morrigan se levantó lentamente, su cabello revoloteaba a su alrededor como las plumas de un cuervo enojado. "No hubo batalla. No hubo ruptura. Simplemente... desaparecieron."

"Como si los hubieran eliminado", añadió Susano'o. "Precisamente."

Wukong se quedó en silencio por un momento y se notó.

Se frotó la barbilla pensativamente, con los ojos ahora más serios, mirando con cautela el horizonte.

"Hay alguien que haría eso", murmuró. "Alguien que tenga suficiente poder para interferir sin provocar una reacción inmediata."



"¿Alguien fuera del ciclo?" -preguntó Morrigan.

"Quizás."

"O alguien dentro... que ha dejado de seguir las reglas."

Susano'o se giró, listo para partir.

"En cualquier caso, voy a hablar con Amaterasu. Y si no sabe nada... quizá sea hora de convocar una reunión. Aunque sea problemático, pero ese chico... algo anda mal con él."

Morrigan asintió. "Sí, definitivamente... El quinto Rey Demonio tiene algo extraño..."

"Yo no me involucraría," añadió Wukong, sin sus bromas habituales. "Siento que hay algo que protege a ese chico."

El silencio regresó, pero ahora había peso en él. Las palabras no dichas temblaban bajo la superficie como truenos apagados.

Susano'o se había ido, caminando sobre la arena como si flotara. Morrigan se quedó allí, mirando al cielo, sintiendo los presagios susurrar cada día más fuerte.

Wukong finalmente volvió a flotar boca abajo sobre su nube, murmurando para sí mismo.



"Dos de las entidades más temperamentales del cosmos desaparecen sin dejar rastro. ¿Y sólo ahora dices que hay alguien o algo protegiendo a ese chico?"

Tomó otro bocado de melocotón y sonrió. "Será divertido cuando lo descubramos, ¿verdad?"

La brisa del desierto espiritual cambió.

No en dirección, sino en intención. Como si alguna fuerza invisible hubiera respirado profundamente. Morrigan no se movió, pero sus ojos se entrecerraron como si hubiera oído algo que los demás no podían oír.

Habló en voz baja, casi para sí misma:

"Nos están escuchando ahora."



Wukong, todavía flotando en el aire, levantó una ceja dorada. "Ellos, ¿quiénes?"

Morrigan respondió sólo con una mirada. Y eso fue suficiente.

Del cielo tranquilo provenía un sonido apagado, como un trueno tragado por la tierra. Un temblor recorrió el suelo, sutil pero constante, y granos de arena bailaron como agujas sobre la roca caliente. Una pequeña grieta apareció bajo los pies de Morrigan, oscura como tinta fresca, pulsando con una luz carmesí proveniente del subsuelo.

Wukong flotó más alto, instintivamente. "Bueno, esto ya no tiene gracia."



La grieta se cerró sola.

Morrigan dio un paso atrás y miró al suelo con ira contenida.

"Ya no quieren que hablemos del niño."

"¿Estás diciendo... que está escuchando?"

"O algo relacionado con él. Algo que protege sus secretos con celo divino."

Morrigan recurrió a Wukong y su tono ahora era más urgente. "Esto es más grande de lo que esperábamos."

